

El compañero que quedó captivo  
Entre las castellanas compañías,  
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,  
Y allí murió dentro de quince días,  
Callado, congojoso, pensativo,  
Aunque lo regalaban por mil vias:  
Allí llaman á estos sachalunas (1),  
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron  
(Que fué de los haber muestra bastante),  
Por río, dicho Magno, navegaron  
Mas de doscientas leguas adelante;  
Y en cierta playa donde ranchearon  
Para mirar la tierra circunstante,  
Del campo salen con Diego de Rojas  
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,  
Limpio suelo, los árboles lejanos,  
Y tan altos que apenas una jara  
Pasara sus extremos soberanos:  
El pié del uno no se rodeara  
Con diez hombres asidos de las manos;  
A cuya sombra fresca y espaciosa  
Una vision estaba monstruosa.

Salvaje mas crecido que gigante,  
Y cuyas proporciones y estatura  
Eran segun las pintan en Atlante,  
De hombre natural la compostura,  
En el hocico solo discrepante,  
Algo largo y horrenda dentadura,  
El vello cuasi pardo, corto, claro,  
Digo no ser espeso, sino raro.

De ñudoso baston la mano llena,  
El cual sobrepujaba su grandeza,  
Pues era como la mayor entena  
Y del cuerpo de un hombre la groseza;  
Y aqueste meneaba tan sin pena  
Como caña de mucha lijereza:  
Hermafrodito, porque los dos sexos  
Le vieron no mirándolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas  
De tal encuentro, los de retraguada,  
Viendo moverse piernas tan mal hechas,  
A grandes voces dicen: guarda, guarda!  
Apuntan los cañones de las mechas  
Impelen luego la pelota parda,  
Y todos, por tener ancho terrero,  
Acertaron á dar al monstruo fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,  
Rompiendo con baladros vagos vientos,  
Y el dicho Melchior de Barros jura  
Que hizo la cercana sentimientos  
Con temblores, y al tiempo que procura  
Levantarse, cebaron instrumentos  
Con uno y otro tiro penetrante,  
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,  
Mandaban un soldado diligente,  
Con avisos al dicho Maldonado  
Que la monstruosidad le represente;  
Mas túvose después por acertado  
Que vuelvan todos ellos juntamente,  
Y así fueron al campo detenido  
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros  
A ver tan monstruosos animales,  
Vino con treinta y dos arcabuceros,  
Mas no hallaron mas que las señales  
De la sangre, con los reholladeros  
De rastros en grandeza tan iguales,  
Y segun pareció por las florestas  
El defunto llevaron á sus cuevas.

Caminan por el rastro que seguido  
Subió acia la sierra que frontera  
Tenian, en la cual oyen rüido  
Tan grande, que temblaba la ladera:  
Juan Alvarez, que tal extremo vido,  
A todos les habló desta manera:

(1) Sacharunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos.  
(Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas.)

«No vengo yo, señores, á contienda  
De monstruos, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra  
Donde hallemos racional cultura,  
Porque meternos en aquesta sierra  
Páreceme grandísima locura.»  
Porfiaban con él que no se yerra  
En dalle conclusion al aventura;  
Mas él los increpó de gente suelta,  
Y así con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso  
Que tuvo su larguísima carrera,  
Por relatar el mas largo proceso  
De nuestro Benalcázar, que me espera,  
Y me hizo sacar este digreso  
Para deciros que en aquella era  
Se levantó la fama del Dorado  
Por lo que ya dejamos declarad.

Páreceme que doy justas excusas;  
Y si salieron otras digresiones  
Que en el discurso desta van incluidas,  
Enlázanse razones de razones,  
Que cumple para no quedar confusas  
A largarnos en las declaraciones;  
Pues en comedias suelen muchas veces  
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda  
Tentar otro viaje mas prolijo,  
Y es el de Benalcázar, el cual anda,  
No sin solicitud y sin cojijo,  
Aprestándose para la demanda  
De lo que el indio de Bogota dijo;  
Y por ser cosas de gustoso cebo  
Su principio será con canto nuevo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes  
Los pasos por do fueron los primeros,  
Escelsas cumbres, sierras eminentes,  
La brava multitud de los guerreros,  
Pomían en espanto los presentes  
Y en gran admiracion los venideros,  
Y ternian por hechos soberanos  
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente  
Hallan ya por allí meson y venta,  
Guisada la comida, y el sirviente  
Humilde para lo que les contenta,  
Nada, viendo no mas de lo presente,  
De lo pasado se les representa;  
Y así no corre mas baja moneda  
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,  
Menor en allanar dificultades,  
Quel nieto validísimo de Alceo,  
Celebrado de las antigüedades;  
Porque no son las del leon Nemeo,  
Sino mayores monstruosidades,  
Y si los tales eran hechos buenos  
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada  
Que vistes en la rhitma precedente,  
A la ciudad volvió recién fundada  
Del dicho San Miguel á buscar gente,  
Dejando con caballos aviada  
Aquella que tenia de presente,  
Con Ampudia, que luego hizo via  
A Pasto, donde Añasco residia.

Fué Juan de Ampudia del obedecido  
Por general, supuesto que traia  
Buenos recados y poder cumplido  
Del dicho Benalcázar, que lo invia:  
Cada cual dellos pues apercebido,  
Y el indio que dijimos siendo guia,  
A Bogotá dirigen su cuidado  
En busca y en demanda del Dorado.

Anduvieron gran número de días,  
Rompiendo por montañas despobladas,  
Tristes, lluviosas, cenagosas, frias,  
De luz y de salud desamparadas,  
De por medio las altas serranias  
Y cordillera de sierras nevadas,  
Que dividen la poderosa vena  
Del río Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecia  
Y que la tierra daba mala muestra,  
A todos pareció que convenia  
Ir declinando acia la siniestra  
Mano; mas aquel bárbaro porfia  
Que su Dorado dejan á la diestra,  
Y ellos huyendo de los despoblados  
A Cibunday salieron mal parados.

Provincia que tenia sus terrenos  
De buenos alimentos proveidos,  
Donde llegaron ya caballos menos  
Y algunos españoles fallecidos:  
Reformáronse pues en estos senos,  
Estando veinte días detenidos,  
Desde donde salian en cuadrillas  
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compañía  
De fuertes caballeros y peones  
Descubrieron el valle de Patia,  
Adonde vieron buenas poblaciones  
Y gente bien armada, que venia  
Con brazaletes, pectos, morriones  
Y otras diversas joyas de oro fino,  
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavas  
Para tomar con ellas los caballos:  
Los nuestros, como vieses partes llanas,  
Do pueden á su gusto meneallos,  
Jugaron de las astas castellanas  
Sin temor de las redes ni trasmallos;  
Y así caidos como los enhiestos  
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos  
Y vencida la bárbara braveza,  
Recojieron aquellos ornamentos  
Y á Cebunday volvieron con presteza,  
Alegres, placenteros y contentos  
Por ser indicio de mayor riqueza;  
Y así todos entraron en Patia  
Para ver los secretos que tenia.

Asentaron real en los ejidos  
Para se defender acomodados,  
Y tres días después de ser venidos,  
Estando del asalto descuidados,  
Fueron de multitud acometidos  
No menos que por todos cuatro lados,  
Cada cual indio con pavés de danta  
Que cubre de los piés á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,  
Muestra de la braveza de sus pechos,  
Caribes, carníceros, detestables;  
Lanzas y dardos eran los pertrechos  
Que defensivos hacen penetrables,  
Por ser de palma, duros y bien hechos;  
En rüido feroz, un ronco canto  
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,  
Regidas por caudillos principales;  
Sobre coronas de oro van enhiestas  
Plumas y colas de otros animales;  
Gran número de redes dejan puestas  
En los caminos y cañaverales,  
Con todos los avisos y recados  
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase  
O ya caballo, ya peon ligero,  
Allí se detuviere y ocupase  
En los opuestos lazos del sendero,  
Y gente que los pasos reguardase  
Y en ellos prevenido carnícero,  
Que cuando cae la fugace caza  
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados  
Con la presteza que se requeria:  
Salen los caballeros bien armados  
Al lado cada cual que le cabia;  
Ciento y setenta son los señalados  
De peones y de caballeria,  
Y de los enemigos diligentes  
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos  
Ya los jáculos vuelan á porfia,  
En partes rasas y lugares llanos,  
Segun el español apetecia;  
Aumentanse les golpes inhumanos,  
Suenan la descompuesta voceria,  
Pelea cada cual donde se halla,  
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,  
Que no se dejan ver hazañas bellas;  
Bien como muchedumbre de nublados  
Impide claridad de las estrellas,  
Hasta tanto que son ahuyentados,  
Por secos vientos y parecen ellas:  
Así no ven la gloria ni la injuria  
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella  
Cambiando aquí y allí lanza no tarda;  
El brioso peon sigue su huella,  
Que con gran vigilancia lo reguarda;  
Cada cual en su puesto hace mella  
Por la gente que via mas gallarda:  
Rompe los aires vagos con gemidos  
La grande multitud de los caidos.

Hierve la furia, crece la matanza,  
Como lobos entre balantes reses,  
Anda lista la punta de la lanza,  
Apresurados pasos y reveses;  
Huellan los de católica crianza  
Por cima de los dardos y paveses;  
Y bárbaros que dellos tienen usos  
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente bautizada  
La priesa que les dió fué de manera  
Que la bárbara, vil y desalmada  
Tuvo por bueno de salirse fuera  
Del compás que tenia la llanada,  
Teniendo por mejor una ladera;  
Y así pusieron tierra de por medio,  
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,  
Ya deseosos destos intervalos,  
Pero dos con caballos á sus solas  
Fueron tras ellos, y en los pasos malos  
Indios les echan mano de las colas,  
Y allí les daban infinitos palos;  
Y si tan presto no los socorrieran  
Ellos y los caballos perecieran.

Desta manera Florencio Serrano,  
Por quitar á dos indios los joyeles,  
A pié tras ellos fué, mas ya cercano  
Revuelven contra él como lebreles,  
Con paveses y dardos en la mano,  
Segun suelen aquellos infieles:  
No le bastó rodela ni reguardo  
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,  
Rebatiendo con furia sus pertrechos,  
Para que con humana carne haga  
Los carníceros vientres satisfechos:  
Aprovechóse presto de la daga,  
Atravesando los caribes pechos:  
Escapó dellos y de la herida,  
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido  
Aquel conflicto y afliccion notoria,  
Y no pudo ser dellos socorrido,  
Por no hallarse via transitoria:  
Al fin él, puesto caso que herido,  
Volvió con ricas joyas y victoria;  
Y todos sin mortífera querella  
Allí tuvieron razonable pella.

Descansaron la noche, y otro día  
Parte de los caballos y peones  
Recorren aquel valle de Patia,  
Descubriendo bien puestas poblaciones,  
De las cuales la gente les huía  
Sin intentar beligeras cuestiones:  
Hallaban proveidas las posadas,  
Y así hacían cortas las jornadas.

Yendo pues nuestra gente castellana  
Mirando bien el uno y otro seno,  
Subieron con frescor una mañana  
A parte que mostró mejor terreno,  
Crecida población en tierra llana,  
Y de grata labor el campo lleno:  
Tierra de Popayán, de cuyas venas  
Dorados granos daban manos llenas.

Era la fuerza deste principado,  
Que Popayán tenía por segura,  
Un espacioso fuerte rodeado  
De guadubas nativas y espesura  
De cerca, que tenía cada lado  
Sobre cincuenta pasos en anchura:  
La cual cerca, demás de ser tan gruesa,  
Era sobremanera muy espesa.

Son cañas altas, huecas, pero duras  
Tanto que no terné por gran escaso  
Comparallas en estas escrituras  
A la dureza del humano hueso:  
Largos cañutos son sus coyunturas,  
Como muslo de un hombre lo mas grueso;  
Allí muy enbetradas y nacidas  
De muchos años y de largas vidas.

Pues como vieses ir nuestros soldados  
Los que dellos estaban en espera,  
Siendo de centinelas avisados,  
Del cercado que digo salen fuera  
Cantidad de tres mil hombres armados,  
A fin de les tomar una ladera,  
Con posturas gallardas y lozanas,  
Paveses, dardos, lanzas y macanas.

Innumerables joyas fanfarronas  
Del oro quel latino llama puto,  
Con pectos, brazaletes y coronas  
Que son segun caperuzas de luto,  
De bija rubricadas las personas,  
Alarde y escuadron no mal instruto,  
Y cargadas de dardos mil mujeres  
Que servían en estos menesteres.

El alto pues tomó nuestro caudillo  
Primeramente la gente de Poporo,  
Y tanto metal vieron amarillo  
Que con la muestra de mayor tesoro  
Dijo riendo Miguel de Trujillo:  
« ¡ Oh ! plegue á Dios, amén, con tanto oro,  
Buen ánimo, buen ánimo, cristianos,  
Que bien tenéis donde llenar las manos. »

Acometiéronles desde las cuevas  
Para quitar las crestas á los gallos,  
Mas ciénagas hallaron contrapuestas,  
Impedimento para los caballos;  
Llevaban solamente tres ballestas  
Y amparo de quien sepa reguardallos,  
Y destas ayudados los peones  
Pasaron empleando los harpones.

Con valor admirable pelearon,  
Y furia de los indios resistieron,  
Hasta que los caballos ya pasaron  
Por cómodo lugar que descubrieron;  
Con gran obstinación indios cargaron,  
Y con mayor los nuestros combatieron,  
Aunque no con avisos convinientes  
Por se hallar en partes diferentes.

Uno de los jinetes se abalanza  
Solo, sin tomar término medido,  
Mas de la mano le sacó la lanza  
El bárbaro con ella mal herido;  
Tomara con la misma la venganza,  
A no ser de españoles socorrido,  
Quitándola con dalle mortal sueño,  
Y así se la volvieron á su dueño.

No muestra Juan de Ampudia lanza vana  
Pues la trae de sangre rubricada;  
Mas por un principal dura macana  
Con tan terrible golpe fué librada,  
Que le quitó y echó por tierra llana  
El fuerte morrion ó la celada:  
El noble capitán se vió perdido,  
Y en aquel punto cuasi sin sentido.

Como lo vieron con algun sosiego,  
Algo turbada la guerrera mano,  
Cargó sobré impetuoso fuego  
Y multitud de bárbaro cercano:  
Francisco de Aguilar acudió luego  
Juntamente con Florencio Serrano,  
Y en escapándose de la canalla  
Volvió con mas rigor á la batalla.

Rompe la lanza pechos y ternillas  
De los que con mas brio se declaran;  
Las verdes yerbas, rojas y amarillas,  
Con sangre de los míseros se paran;  
Finalmente, las bárbaras cuadrillas  
Atónitas el campo desamparan:  
Los españoles pomen su cuidado  
En tomar las entradas del cercado.

Dos eran, una de otra separada,  
Que miran al oriente y occidente,  
Angosta cada cual en el entrada,  
Pues un caballo cabe solamente;  
Entraron sin rencilla porfiada  
Por haberse huido ya la gente:  
Hallaron grano y otros alimentos,  
Y bien acomodados aposentos.

Aquestos se hicieron mas abiertos  
Para dormir el campo peregrino;  
Tomaron de los vivos y los muertos  
Grande copia de joyas de oro fino;  
Van á Patia mensajeros ciertos,  
Y el capitán Añasco luego vino,  
Do celebraron la sagrada fiesta  
De Todos Santos, con la mano presta.

Año de treinta y cinco de la era,  
Con mas un mil y cinco veces ciento,  
Allí pues reformada la bandera,  
Dejaron á los indios el asiento;  
Fueron por el compás desta frontera  
Continuando su descubrimiento;  
Hallaron cuatro leguas del cercado  
El pueblo Popayán conmemorado.

Crecida población en gran manera,  
Y toda suntuosa casería,  
Mas sola paja cubre la madera;  
Y entrelas una casa que tenía  
Cuatrocientos estantes por hilera,  
Tan grueso cada cual, que no podia,  
Por una y otra parte rodeado,  
Ser de dos españoles abrazado.

Catorce los horcónes, y cualquiera  
El mayor que producen las florestas;  
Admiración causaba la cumbre  
Por verse pocas plantas como estas;  
Casa decían ser de borrachera  
Donde solían celebrar sus fiestas:  
Alojéronse pues en un recodo  
Ellos y bestias y el servicio todo.

Mas luego vieras sacudir las plantas  
Y dar mil brincos el caballo laso,  
Porque niguas y pulgas fueron tantas  
Que no se vió reposo mas escaso:  
Y así cubiertos hasta las gargantas  
Los echan del lugar mas que de paso,  
De manera que les hicieron guerra  
En vez de los vecinos de la tierra.

Los cuales con temor de nuestra gente  
Habían ya dejado sus culturas,  
Con las mujeres, hijos y adherente,  
Que pudieron en tales coyunturas;  
Y así los bárbaros tan solamente  
Les daban grita desde las alturas,  
Sin descender á los lugares llanos  
Ni venir por entonces á las manos.

Con el desgusto pues el caminante  
Con que de la gran casa salió fuera,  
Un poco caminó mas adelante  
Alojándose mas á la ribera  
De Cauca, donde por ser importante  
El Ampudia mandó hacer bandera,  
Para que cuando necesaria fuere  
Pugnen con orden tal cual se requiere.

Fué Florencio Serrano con oficio  
De alférez por Ampudia señalado,  
Y al tiempo del divino sacrificio  
Por Garcí Sanchez el beneficiado,  
Que fué después en este beneficio  
Primeramente (por habello trabajado),  
Esta primer bandera se bendijo  
Dia del (por Egeas) Crucifijo.

Mas por entonces no se pretendía  
Dejar en Popayán pueblo fundado,  
Porque tenían ojo todavia  
A los descubrimientos del Dorado:  
Habíaseles muerto ya la guía  
Que las noticias les habia dado,  
Y la tal ocasion no fué bastante  
Para que no colasen adelante.

Y así por do ventura los aplica  
Prosiguen adelante su camino  
Hasta cerca de Cali, tierra rica,  
Donde hallaron peines de oro fino,  
Con otra cantidad que certifica  
Ser próspero caudal el del vecino:  
Casas pajizas, pero con primores,  
Absentes dellas ya los moradores.

Entrelas muchas chozas muy pequeñas,  
Redondas, do varon jamás entraba,  
Por ser albergues hechos para dueñas  
El tiempo que su menstroo les duraba,  
Donde ni por palabras, ni por señas,  
Con ellas nadie se comunicaba,  
Ni consienten que cosa dé ni tomen,  
Y á la puerta ponían lo que comen.

Yendo pues prosiguiendo su conquista,  
Escudriñando valles y rincones,  
Dieron al río de Xamundi vista,  
Por sus riberas grandes poblaciones:  
Allí hallaron gente que resistía,  
Lucidos y compuestos escuadrones,  
Con coronas, con pectos y brazaletes  
Del mas alto metal de los metales.

Espolean, mas hay atascaderos,  
Para poder llegar á ellos antes,  
Impedimento de los caballeros;  
Pero juzgando ser allí bastantes,  
Pasaron como sueltos y lijeros  
Con Florencio Serrano los infantes:  
Suenan los golpes y el furor se enciende,  
Para dar fin á lo que se pretende.

A las joyas el español anhela,  
El bárbaro defiende sus cabañas,  
Hierva la confusion y el tiro vuela;  
Aquí y allí se daban buenas mañas;  
Hay dardo que traspasa la rodela,  
Y espada que descubre las entrañas;  
Descarga golpe la macana presta,  
Mas no se tarda la mortal respuesta.

Estuvo la victoria pues perpleja  
Por la fuerza del bárbaro gentio;  
Mas el espada tanto los aqueja  
Que les forzaron á pasar el rio;  
A los nuestros el pueblo se les deja  
Con cantidad de joyas y atavio:  
Aumentó su temor para dejallo  
Ver apriesa venir los de caballo.

En este mismo pueblo se ranchean  
Como salieron con sus intenciones;  
Luego miran, trastornan y catean  
Los nuevos moradores los rincones;  
Halláronse del oro que desean  
Aguilas finas, pectos, morriones,  
Y en el remate de un buhio vido  
El alférez el suelo removido.

Con el hierro de la bandera cala,  
Y el asta mete con entrambas manos:  
Encontró con finisima chaguala  
Que pesaba trescientos castellanos;  
Entran otros soldados en la sala  
Con manos prestas y con piés livianos,  
Y en este mismo hoyo que cavaron  
Otros cinco mil pesos se hallaron.

Por ser aquel asiento sospechoso  
Y no tener salidas á contento,  
Tuvieron pocos dias de reposo,  
Y fueron á buscar mejor asiento  
Orillas de aquel rio caudaloso  
Que de Cauca tenía nombramiento,  
Donde con guadubas hicieron fuerte,  
El cual fué fabricado desta suerte:

Cortaron muchas en el espesura  
Que contenía cantidad inmensa,  
Y á la parte de tierra se procura  
Hacer con ellas una cerca densa;  
A la banda del agua, mas segura,  
El rio les servía de defensa  
Contra los otros, por les ser remedio  
Tener aquel gran rio de por medio.

Aquellos ven desde sus vecindades  
En la barranca ranchos forasteros,  
Y á causa de saber las novedades  
Envían por el agua mensajeros;  
Los nuestros procuraron amistades,  
Llamándolos con rostros placenteros,  
Y así por ruegos de la gente blanca  
Ovieron de llegar á la barranca.

Diéronles cuchillejos y machetes,  
Algunas estragadas herramientas,  
Ciertas albaneguetas y bonetes,  
Corales y otras vidriosas cuentas:  
Fueron aquestos dones alcahuetes  
Para hacer allí gentes atentas  
A la contractacion cotidiana  
Que tenían á tarde y á mañana.

Y no solo varones acudian  
A tales ferias y contracto pio,  
Pero también mujeres se atrevían  
A pasar á lo mismo por el rio:  
Diré de la manera que venían,  
Que no será ficcion ni desvario,  
Sino pura verdad y certidumbre,  
Segun en lo demás es mi costumbre.

En una gruesa caña cabalgando,  
Y en ella de su vino cierta pieza  
Como botija, con los piés bogando  
Donde su voluntad las endereza;  
Con rueca y huso todas van hilando,  
Cesta de fruta sobre la cabeza,  
Y así pasan el rio mas derechas  
Que por carreras llanas y bien hechas.

Juan de Ampudia después envió fuera  
A cien personas bien aderezadas  
Para pasar aquella cordillera  
Que llaman por allí sierras nevadas:  
Hallaron ser difícil la carrera  
Para ver las vertientes deseadas,  
Y en mas de treinta leguas de camino  
Nunca se vido paso sin vecino.

Poblados montes y las partes rasas,  
Los fondos valles hasta los altores,  
Y pueblo se hallaba de mil casas  
Grandes, de seis y siete moradores  
En cada una, donde de sus brasas  
Y humos divididos son señores,  
Con hijos y mujeres y sirvientes  
Albergados en partes diferentes.

Cada cacique guarda su cabeza  
Sin divertirse de su pertenencia,  
Los súbditos convoca y adereza,  
Y hace la posible resistencia.  
Era caudillo Francisco de Cieza,  
Que contrastaba bárbara potencia,  
Con cuya prontitud contraria saña  
Antes recibe daño que les daña.

Continuando siempre la porfia  
Y pelea, do quiera que llegaron,  
Tanto que cinco veces en un día  
Con unos mismos indios pelearon:  
Nadie de sus vecinos se valía,  
Ni los unos á otros ayudaron,  
Sin junta general; mas á hacella,  
Con gran dificultad salieran della.

En el discurso pues deste viaje,  
De que prolija relacion no hago,  
Llegaron á las tierras y paraje  
Donde después fundaron á Cartago;  
Y viendo tanta multitud salvaje  
Que de congregacion hacen amago,  
Determinaron de volver al fuerte  
Con seis heridos, aunque no de muerte.

Hallaron de salud impedimento  
A causa de la vecindad del rio,  
Mucho servicio sin vital aliento,  
Y lo vivo sin fuerzas y sin brio;  
Y así luego mudaron el asiento  
A Cali, prepotente señorío,  
Donde hicieron poblacion fundada  
Que la villa de Ampudia fué llamada.

Estando centinelas á la mira,  
Un escuadron cruel fué descubierto,  
El cual llegó con increíble ira  
Y un negro del Añasco quedó muerto;  
Mas fuerza de caballos los retira  
Y los hizo volver con desconcierto,  
Sin que fuese bastante su rencilla  
Para no proseguir la nueva villa.

Pocos dias después destas cuestiones,  
Españoles corrieron la frontera,  
Y entonces descubrieron los gorriones,  
Gente que les caía mas afuera;  
Pero volviéronse con intenciones  
De ver la mas cercana cordillera  
En demanda del gran cacique Pete,  
A quien lo mas de Cali se somete.

Seis caballeros son, treinta peones.  
Soldados viejos, diestros y alentados,  
Que por los mas enhiestos reventones  
Suben con los escudos embrazados,  
Apresurando siempre los talones  
Entre tanto que no son contrastados;  
Y así llegaron sin que se defienda  
Donde Pete tenía su vivienda.

Vieron en uno de sus aposentos  
Monstruosidad que los escandaliza,  
Cueros de indios sobre cuatrocientos  
Colgados, todos llenos de ceniza,  
Cuyas carnes sirvieron de alimentos:  
Uso que por allí se solemniza;  
Y en otras casas, desta suerte llenos,  
También á seis y á diez, y á mas y á menos.

Segun victoriosos las banderas  
Que ganaron de sus competidores,  
Ó como las pellejas de las fieras  
Que cuelgan los monteros de señores,  
Estas mas brutas y mas carniceras  
Ostentan desta suerte sus furoras,  
Y aquel era mejor y mas honrado  
Que mas indios había desollado.

En estos inhumanos pareceres,  
Costumbres duras y desaforadas,  
Entraban ansimismo las mujeres  
Que solian cazar y ser cazadas,  
Y así por sus enojos ó placeres  
Tenian las pellejas ahumadas:  
Eran también crueles y homicidas,  
Y solian comer y ser comidas.

Huyóles á las gentes castellanias  
Pete, como llegaron á su tierra,  
Mas luego convocó las comarcanas  
Después que mas entraron en la sierra:  
Alistan dardos, arcos y macanas,  
Con los demás pertrechos para guerra;  
Un paso ven los nuestros por delante  
Para los moradores importante.

Era profunda y áspera quebrada  
Forzoso paso para su viaje;  
Reconoció la gente bautizada  
Los intentos del escuadron salvaje;  
Pero la presta barra y el azada  
Aprieta hizo cómodo pasaje;  
Y así, cuando llegó contrario marte,  
Tenian ellos la contraria parte.

Usaron desta buena diligencia,  
Que los libró de grave pesadumbre,  
Antes que la clarifica presencia  
Del sol los visitase con su lumbre;  
Pues allí la mas firme resistencia  
Era de su salud incertidumbre,  
Por no tener espacio los caballos  
Cómodo, donde puedan meneallos.

Ya cuando los febeos resplandores  
Calentaban las gentes convecinas,  
Cubiertos vieron todos los altores  
De los que van tras nuestras peregrinas  
Aquí y allí resuenan atambores,  
Cóncavos caracoles y bocinas,  
Animándolos el cacique Pete  
Que por diversas partes acomete.

Manifestaba bien ser gente rica,  
Segun las joyas y gallarda traza;  
Entre los escuadrones la cacica  
Y otras mujeres muchas, ó con maza,  
Ó con grueso baston, ó larga pica,  
Para las emplear en esta caza,  
Con que pensaban ocupar las brasas  
Y colgar los pellejos en sus casas.

De jáculos y piedras va volando  
Sobrellos un espeso torbellino;  
Yanse los españoles adargando  
Por el orden mejor que les convino,  
Los unos á los otros reguardando  
Y siempre prosiguiendo su camino;  
Los indios apartados de su buello  
No les daban un punto de resuello.

No con trabada mano se litiga,  
Por tener lo mas alto la canalla;  
Calor y sed y hambre los fatiga,  
Sin que les den lugar á mitigalla;  
El agua ven, al paladar amiga,  
Pasan por ella, no pueden gustalla,  
Que no se lo permite ni consiente  
De los espesos tiros la creciente.

Defendiéndose van desta manera,  
Del escuadron cristiano nadie leso,  
Hasta que Titan en la cuarta esfera  
Puso su resplandor en igual peso;  
Y habiendo demediado su carrera  
Fuéles bien menester valor y seso,  
Porque lengua mordaz de la cacica  
Con tal reprehension á todos pica:

«O gente baja, vil, floja, cobarde,  
Digna de femenino nombramiento,  
¿Es posible que tanto tiempo tarde  
Con tan pocos venir á rompimiento,  
Y que la parte nuestra mas aguarde,  
Habiendo para uno mas de ciento?  
Romped, romped, y apechugá con ellos  
Y asildes de las barbas y cabellos.»

Quedaron tan confusos y corridos  
De lo que dijo la mujer de Pete,  
Que como de demonios revestidos  
Luego cada cual dellos arremete;  
Mas no fueron los nuestros removidos,  
Antes menos ganó quien mas se mete,  
Porque vieras allí lanzas y espadas  
Por ijares y pechos traspasadas.

Aquí vieras cabezas ir rodando,  
Allí regar la tierra roja vena,  
Ir unos con las tripas arrastrando,  
Otros tenderse por aquel arena,  
Brazos caídos, manos palpitando  
Que de los cuerpos el furor cercena,  
Mostrando claramente ser mejores  
Los que eran en el número menores.

Como flujo de mar que la corriente  
De los pequeños rios entorpece,  
Haciéndolos volver acia su fuente  
Si verba sequedad los enflaquece,  
Mas en tiempo de lluvias su creciente  
Contra marinas ondas prevalece,  
Tanto que por gran trecho se señala  
El agua dulce dentro de la mala:

Así los que ya iban con intento  
De retraer los pasos y la lanza,  
Aquel encarnizado rompimiento  
Trocó de tal manera la templanza,  
Que con ensangrentado crecimiento  
Prevalecieron contra la pujanza  
Que los entretenia no sin miedo,  
Antes que se probasen á pié quedo.

Algunos de los nuestros lastimaron  
Los tiros de la bárbara cuadrilla,  
Aunque ningunos dellos peligraron;  
Pero por evitar mayor rencilla  
De dar la vuelta se determinaron  
A los albergues de la nueva villa,  
Y porque el sol estaba ya cubierto  
Tomaron por amparo cierto puerto.

Allí tuvieron vigilante ronda,  
Viendo cubiertos los demás altores  
De gente de macana, dardo, honda,  
Que los atormentaban con clamores,  
Sin quitarse jamás de á la redonda,  
Tocando mil bocinas y atambores,  
No concediendo punto de sosiego  
Cuando lo suele dar el nublado ciego.

Mas cuando resplandor de la mañana  
Ahuyentaba la nocturna lumbre,  
Con gran orden la gente castellana  
Comenzó de bajarse de la cumbre,  
Y de los bárbaros la mas lozana  
Siempre les iba dando pesadumbre;  
Las mujeres también destas aldeas  
Los amenazan con palabras feas.

Porque tras ellos van por las laderas  
Llamándolos ladrones, robadores,  
Las cuales de por sí tienden bandera,  
Y ansimismo tocaban atambores:  
Llevan macanas, lanzas, tiraderas,  
Agudos y volantes pasadores,  
Sin dejar reposar bando cristiano  
Hasta que ya lo vieron en lo llano.

Ningun bárbaro mas el pié levanta  
Ni quiso descender á llana via:  
Los nuestros fueron á su nueva planta,  
Donde su capitán los atendía;  
Llegaron martes de Semana Santa,  
Año de treinta y seis que ya corria,  
Pero por ser los curas ignorantes,  
La celebraron ocho dias antes.

Estando celebrando soberanos  
Misterios, aunque fuera de su dia,  
Supieron de los indios comarcanos,  
Mediante lengua que los entendia,  
Cómo crecida copia de cristianos  
Entraba por aquella serranía,  
Siguiendo sus pisadas y sus huellos,  
Y que venian en demanda dellos.

No supieron quién eran de presente,  
Y el capitán Ampudia se recela,  
Imaginando que sería gente  
De los de Santa Marta ó Venezuela;  
Y así con el recato conviniente  
A todas horas hubo centinela,  
Porque solian resultar cuestiones  
Del término de las gobernaciones.

Pues hartas veces vimos furias sueltas  
Sobre las tierras en gobierno dadas,  
Contenciosos bandos y revueltas,  
Cabezas locas bien ensangrentadas,  
Y no pocos soldados á las vueltas  
Muertos de las espesas cuchilladas,  
Y unos y otros en aquel instante  
La voz del rey poniendo por delante.

Aquesta gente pues bien informada  
De que venian ya por la frontera,  
Determinaron ir de mano armada  
Para saber de qué gobierno era:  
La vista dellos fué regocijada  
Desque reconocieron la bandera,  
Por ser su Benalcázar que venia  
Con peones y gran caballeria.

Multiplicáronse contentamientos  
Del Ampudia con los recién venidos,  
Usando de los nobles cumplimientos  
Que suelen los amigos conocidos:  
Vinieron á los nuevos aposentos,  
Do fueron regalados y servidos,  
Que sería lo mas cotidiano  
Un poco de pescado y algun grano.

Después que descansaron algun dia,  
Por Benalcázar fué determinado  
Que lleven adelante la porfia  
De los descubrimientos del Dorado;  
Mas para yo llevar la misma via  
Siéntome de presente fatigado,  
Y así, primero me será forzoso  
Tomar algun espacio de reposo.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar despobló la villa de Ampudia y pasó adelante con toda la gente que tenía, con esperanzas de hallar tierras de mayor grandeza; y así por él y por sus capitanes se tentó por diversas partes aquel compás que hoy se llama gobernacion de Popayán.

La condicion del corazon humano  
Con tales esperanzas se halaga,  
Que cuantas mas riquezas á la mano,  
Menos la cudiciosa sed apaga;  
Y en el noble varon y en el villano  
Antigua suele ser aquesta plaga,  
Porque la hambre de crecida renta  
Cuando mas come queda mas hambrienta.

Bien vido Benalcázar el provecho  
Que la tierra que huella prometia,  
Y segun el concepto de su pecho  
El mando y el gobierno pretendia;  
Mas aunque de las muestras satisfecho,  
Otra cosa mejor apetecia;  
Y así, debajo de mejorar silla  
Por él se despobló la nueva villa.

A la parte caminan del oriente  
Donde su voluntad les aconseja,  
Y el capitán Miguel Muñoz con gente  
Al rio que llamaron de la Vieja,  
Por una con quien dieron de repente  
Llena de espesas rugas la pelleja,  
Pero con tantas joyas su persona  
Como si fuera moza fanfarrona.

No porque la pintó natura fea,  
Mas el tiempo trocó formas primeras,  
Y así suplía lo que ser desea  
Con brazales, collares y orejeras;  
Cinta de oro batido le rodea  
El vientre, los ijares y caderas,  
Las cuales joyas en ajenas manos  
Pesaron ochocientos castellanos.

Luego Miguel Muñoz la desembarga  
Debajo de clemente mansedumbre,  
Con lástima de ver edad tan larga  
Traer á cuestras tanta pesadumbre;  
Mas él no rehusó llevar la carga  
Ni de subir con ella por la cumbre,  
Y así volvió con muestra placentera  
Adonde Benalcázar los espera.

Volvieron otra vez á los gorriones,  
Donde deseo de poblar los llama;  
Mas en sus estendidas poblaciones  
Nunca hicieron permanente cama:  
Continuaron peregrinaciones,  
Pasaron por Encerma y por Cartama,  
No sin grandes contrastes de guerreros,  
Pantanos, ciénagas y atascaderos.

Con pérdida de hombres y caballos  
Por incultas montañas y espesuras,  
Do los dejaban sin poder sacallos,  
Con trabajos de tantas desventuras  
Que no podrán particularizallos  
Otras mas ampliadas escripturas:  
Al fin, dejadas estas estaciones,  
Vuelven tercera vez á los gorriones.

Desde donde con cierta compañía  
De treinta dellos cada cual lijero,  
El general Benalcázar envía  
Al diestro capitán Juan Ladrillero  
A descubrir dónde la mar batía  
Y ver la costa como marinero,  
Para dejar en ella descubierto  
Algun ancon ó conveniente puerto.

En Ladrillero hizo nombramiento  
Por ser en cosas de la mar esperto;  
Y era de Benalcázar el intento,  
Si por allí pudiera hallar puerto,  
Ir a pedir el adelantamiento  
De la tierra que había descubierto,  
Pues al marqués Pizarro no podía  
Hurtar el cuerpo por contraria vía.

Guió pues Ladrillero sus sódales  
Treinta días ó mas por el altura,  
Mas los opuestos bosques y breñales  
No dan lugar á lo que se procura;  
Topaban con algunos naturales  
Que en barbacoas hacen su cultura,  
De donde cada cual se defendía,  
Y cuando mas no puede se húa.

Porque estaban de guadubas cercados,  
Nativas que llegaban á lo alto,  
Y en viéndose los indios aquejados,  
No pudiendo librarse del asalto,  
A las flexibles plantas abrazados  
Daban un gran vaivén para su salto,  
Y sin se desasir hacían vuelo  
Hasta poner los piés en fijo suelo.

Que la guaduba verde se domeña  
A la parte que tira quien colgado  
Va della, sea ya varon ó dueña,  
Uso que tienen bien ejercitado:  
Era guarida la cercana breña  
Que los rodea por cualquiera lado,  
Y así desaparecían en un punto,  
Pues saltar y huir andaba junto.

Esto hacían con tan gran destreza  
Maridos y mujeres y menores,  
Que podía pasar por gentileza  
Entre los escogidos trepadores;  
De suerte, que con esta lijereza  
Dejaban frios á los vencedores,  
Quedando cada cual dellos ayuno,  
Sin poder tomar uno ni ninguno.

Visto que no valían buenas mañas  
Para poder tomar alguna guía,  
Y que por el embargo de montañas  
Aquel camino se les impedía,  
Acordaron volver á las cabañas,  
Donde su general los atendía,  
Hambrientos y los mas dellos enfermos,  
Y otros que perecieron en los yermos.

Luego por todos fué determinado  
Volver á Cali, porque les parece  
Que gozarán, teniéndolo poblado,  
Del fructo que la tierra les ofrece:  
Por Benalcázar fué pueblo fundado  
Allí, que con el nombre permanece  
De Cali, donde hizo nombramiento  
De cabildo, justicia y regimiento.

El un alcalde fué Pedro de Ayala,  
Y Anton Redondo regidor primero:  
A los demás que entraban en la sala  
De sus acuerdos, yo no los refiero,  
Porque la relacion no los señala  
Ni los vivos la dan como yo quiero;  
Pues aunque por mis cartas los exhorto,  
El que mas dice dellos queda corto.

Dejando pues presidio conviniente  
Para seguridades del vecino,  
Miguel Muñoz fué puesto por teniente,  
Y Benalcázar con su buen destino  
Tomando lo restante de la gente,  
A lo de Popayán hizo camino:  
Fundóse la ciudad en el asiento,  
Do vieron antes el gran aposento.

Hizo sus diligencias y procesos,  
En obediencia del real escudo,  
Y porque barrantaba los escesos  
Del bárbaro traidor, feroz y crudo,  
Con palenques de guadubas espesos  
Se fortaleció lo mejor que pudo,  
Año de treinta y seis el mes postrero  
Del cómputo que corre desde enero.

No fueron escusadas ni baldías  
Las prevenciones y las diligencias,  
Porque todas las noches y los días  
Venían á guerreras competencias:  
Hubo continuadas baterías  
Y bien ensangrentadas resistencias;  
Mas ni por sangre ni por medio bueno  
A su soltura pueden poner freno.

No se pasaba día sin bullicio  
Ni noche que quieta se durmiese;  
Velar y pelear es el oficio,  
Sin que ninguno reposar pudiese;  
Mataban los indios de servicio  
Al descuido menor que se tuviese,  
Y en un momento, ya varon, ya hembra,  
Por la cürel canalla se desmiembra.

Partiéndolos pedazo por pedazo  
Y dividiendo cada coyuntura,  
El uno lleva pierna, el otro brazo,  
Otro las tripas sin el asadura,  
Otro riñones, higados y bazo,  
Si no podía mas por la presura  
Y revuelta de la gente malina,  
Andando todos á la rebatina.

Sus bocas son no menos carniceras  
Que las de bravos tigres y leones,  
Antes aventajados á las fieras,  
Hienas, cocodrilos y dragones,  
Esceden en crueldad á las panteras  
Y tienen muy peores condiciones;  
Y aun el día de hoy gente de España  
No les puede quitar aquella maña.

No reposaban mucho las espadas  
De nuestros españoles circunspetos,  
Pues viendo que estas gentes alteradas  
Perdían el temor y los respetos,  
Les dieron tres ó cuatro trasnochadas,  
Tales que ya vivían mas quiéto;  
Y así con el rigor de los castigos  
Granjearon algunos por amigos.

Viendo que del cercano circüito  
Venían ya de paz con lisa frente,  
Acordó Benalcázar ir á Quito  
A recoger caballos y mas gente;  
A Popayán le señaló distrito  
Y al Ampudia nombró por su teniente;  
Quedó Pedro de Añasco por alcalde,  
Que no supo comer el pan de balde.

Con Pizarro se vió dándole cuenta  
De su peregrinar y de lo hecho:  
Particularidades representa,  
Pero no los conceptos de su pecho;  
Dijo ser tierra donde se cimienta  
Con minas de grandísimo provecho,  
Aunque por ser su gente belicosa  
Sería la conquista trabajosa.

Pizarro se holgó con su presencia  
Y de la buena nueva que traía;  
Confírmole de nuevo la tenencia  
Con mas largo poder del que tenía,  
Y diósele sin limite licencia  
Para hacer la gente que quería;  
Mas no pudo hallar aviamiento  
Tan presto como fué su pensamiento.

Porque buscando por diversas vías  
Soldados, consumió mas de un invierno,  
Y recogidas buenas compañías  
Del viejo morador y del moderno,  
Volvió con ellos á las serranías  
Adonde se plantaba su gobierno,  
Año de treinta y ocho por las flores  
Del mes llamado mayo de mayores.

A Popayán llegó con gran armada  
En este mes y por la dicha era,  
Cuya venida fué regocijada  
De todos los que estaban en espera,  
Por estar nuevamente rebelada  
La mas gente de aquella cordillera  
Y tan alborotados los terrenos  
Que miedo de morir era lo menos.

Mas viendo gente nueva castellana  
Muchos se redujeron á sosiego,  
Movidos de temor mas que de gana  
Que tuviesen de mitigar el fuego,  
Ni jamás voluntad tuvieron sana;  
Antes conformes en el odio ciego  
Disimulaban en el aparencia  
Enemistad, rancor, malevolencia.

Esperando sazon y coyuntura  
Correspondiente con sus pensamientos,  
Que no siempre concede la ventura,  
Antes suele cortar tales intentos,  
El Benalcázar pues luego procura  
Hacer las suertes y repartimientos,  
Para que cada cual con oro y frutos  
A sus amos acuda con tributos.

Después viendo su gente descansada,  
De mas premio y honor estimulada,  
A su rancho llamó la mas granada  
Para manifestalles su cuidado,  
Cerca de proseguirse la jornada  
Y noticia que tienen del Dorado;  
Y congregados los de mas estima,  
Con este parlamento los anima:

«Caballeros, el tiempo nos convida,  
Y nuestro propio punto nos exhorta  
A poner en efecto la partida  
En demanda de lo que mas importa,  
Porque para gozar próspera vida,  
Aquesta tierra me parece corta,  
Y aquella do quereis hacer empleo  
Podrá mejor cumplir vuestro deseo.

»Y pues, bendito Dios, estamos sanos  
Y bien apercebido nuestro bando  
De caballos lijeros y lozanos,  
Vamos estas riquezas indagando,  
Antes que nos las quiten de las manos  
Algunos que las vengán rastreando;  
Porque, como sabeis, por muchas bandas  
Corren descubrimientos y demandas.

»Y en noticia que da tal esperanza,  
Cuanta mas brevedad menos se yerra,  
Porque de flojedad y de tardanza  
La próspera fortuna se destierra:  
Sea pues la primera nuestra lanza  
Que tome posesiones en la tierra,  
Donde demás del aprovechamiento  
Terneis para con Dios merecimiento.

»Pues no cebará tanto su garganta  
En estas tierras infernal abismo,  
Dándole mandamientos de fe santa,  
Y el agua de católico bautismo;  
Haremos de ciudades nueva planta  
En medio deste rudo barbarismo,  
Para que vengán en conocimiento  
De aquel que les dió ser y da sustento.

»Aqui porque sustenten lo poblado  
Y al bárbaro se pueda poner rienda,  
En cada pueblo quedará recado  
Con que de movimientos se defienda:  
Hombres son de valor y de cuidado  
Los que de buenas suertes tienen prenda,  
Y unas veces por paz, otras por guerra,  
Ellos allanarán los de su tierra.

»Trescientos hemos de ir esté camino,  
Los ciento de caballos proveidos,  
Que bastarán con el favor divino  
Por ser varones diestros y rompidos;  
A los que son caudillos les asino  
Los que tienen de ser apercebidos:  
Aliste cada cual sus compañías  
Porque salgamos de hoy en ocho días.»

Dijo su voluntad, y los presentes,  
Atentos á la práctica propuesta,  
No mostraron las suyas diferentes,  
Segun se coligió de la respuesta;  
Tomaron á su cargo los agentes  
De hacer cada cual su gente presta,  
Tan buenos, quel menor dellos tenía  
Punto, valor, esfuerzo, bizarria.

Con armas necesarias, y cualquiera  
Proveido de seda, lienzo, paño,  
Aunque la duracion del tiempo fuera  
De segundo, tercero y cuarto año;  
Van Juan de Ampudia, Añasco, Juan Cabrera,  
Martiniáñez, Tafur, Juan de Avendaño,  
Luis de Sanabria, que estos tres postreros  
En Cubagua también fueron guerreros.

Llamados pues del tiempo ya propicio,  
Prados con flores, plantas con coronas,  
Para salir al militar oficio,  
Pusieron muy en orden sus personas,  
Muchos indios é indias de servicio  
Que por acá llamamos yanacunas,  
Y en busca de región mas eminente  
Caminaron la vía del oriente.

Dejando los albergues agradables,  
Los campos y zavas apacibles,  
Por las montañas van inhabitables  
Y lugares que son inaccesibles,  
Y con trabajos tan intolerables  
Que no pueden pintarse de terribles:  
Óscuros bosques, ásperos breñales,  
Avolcanadas tierras, cenagales.

En cuyas espesuras y conveses,  
Sin hallarse recurso de cultura,  
Peregrinaron mas de cuatro meses  
Subyectos á continua desventura;  
Con estos infortunios y reveses,  
Algunos ocultó la sepultura,  
Y al fin fueron á dar á las llanadas  
De Neiba, que hallaron bien pobladas:

Tierra de fertilisimas labores  
Y campo que hartura prometía,  
Adonde ni los frios ni calores  
Se podían juzgar á demasia,  
Aunque tienen aquestos moradores  
Igual siempre la noche con el día,  
Por ser debajo del ecuante cincto  
Por quien un polo y otro fué distinto.

En aqueste terreno provechoso,  
Contrario de pasadas inclemencias,  
Que lo hacían ser mas deleitoso  
Y de maravillosas influencias,  
Tuvieron muchos días de reposo,  
Aunque no sin guerreras competencias,  
No tales ni con tanta muchedumbre  
Que les diese notable pesadumbre.

A causa de hallar estos gentiles,  
Al tiempo que vinieron, ocupados  
En guerras intestinas y civiles,  
Crüeles contra sí y encarnizados;  
Y así por estas competencias viles  
Hallaban muchos pueblos asolados,  
La cual obstinacion, para sí dura,  
A nuestros españoles fué segura.

Mas no hallaban del dorado grano  
Tanto que fuese rica la contía;  
Y así les pareció consejo sano,  
Entre tanto que mas se descubría,  
No dejar tan á solas de la mano  
Aquella tierra vista que lo cria,  
Donde fundaron pueblos oportunos  
Y podían fundar otros algunos.

Fué por estas razones acordado  
 Quel Añasco y Ampudia se volviesen  
 A Popayán, do con fiel cuidado  
 Las cosas importantes proveyesen,  
 Y en Timaná, terreno bien poblado,  
 Cristianos fundamentos se pusiesen  
 Para propagacion de la fe santa,  
 Haciendo de vecinos nueva planta.

En cumplimiento de lo que les manda,  
 Vuelven con gente que les fué bastante,  
 Y el Benalcázar por aquella banda  
 Quel sol descubre rostro radiante,  
 Deseoso del fin de su demanda,  
 Pasó con los restantes adelante;  
 Mas no fué su sospecha falso sueño  
 Cuando se receló de nuevo dueño.

Pues atinando por lugar incierto  
 Y via nunca vista ni hollada,  
 Aquel fuerte varon, sabio y esperto  
 Don Gonzalo Jimenez de Quesada  
 A la sazón había descubierto  
 Aqueste nuevo reino de Granada,  
 Que es el cierto Doraño y el empleo  
 Que trae Benalcázar en deseo.

Y así donde la suerte los aplica,  
 Eso me da por llano que por sierra,  
 Hallaban rastro que les certifica  
 Haber otros cristianos en la tierra:  
 El invidio dolor al alma pica,  
 Cuya fuerza suspiros desencierra,  
 Por ver indicios que hacían prueba  
 E indios que de vista daban nueva.

La cual, aunque gran trecho de camino  
 Y en aspereza por extremo malo,  
 Ansimismo con presto vuelo vino  
 A la congregacion de don Gonzalo,  
 Diciendo venir campo peregrino  
 Que se tractaba con mayor regalo,  
 No como los primeros caminantes,  
 Sino con ropas ricas y elegantes.

Luego con gente bien aderezada,  
 Dispuesta para lo que sucediese,  
 El sabio general desta manada  
 Ordenó que con ella se partiese  
 Su hermano Fernán Perez de Quesada  
 Para que la verdad reconociese,  
 Y tomase razón de sus intentos,  
 Buenos ó maliciosos pensamientos.

Llegan á Guataquí por sus jornadas  
 Cerca de Neiba, do los naturales  
 En respuesta de cosas preguntadas  
 Hicieron mas patentes las señales,  
 Porque mostraron jaras emplumadas,  
 Evidencia notoria de sus males;  
 Y por estos también fueron guiados  
 Al sitio donde estaban alojados.

Ocultados en cómodos lugares  
 Cuentan los toldos destas compañías;  
 Y el capitán Pedro de Colmenares  
 Y Juan Rodriguez Gil y Juan de Frias  
 Con algunos soldados singulares  
 Se bajaron al río por espías;  
 Porque si tiempo viesen oportuno  
 Para saber quién son, prender alguno.

Ocultos estos en la fértil vega,  
 Cuyas verdes orillas y confines  
 El río de la Sabandija riega,  
 De los otros, en traje mas insines,  
 Un cierto joven á caballo llega,  
 Anzuelos prestos con sus volantines,  
 Y encima puesto sin hollar arena  
 Peces quiere llevar para su cena.

Cuando lo vieron mas embebecido,  
 Procuraron estotros rodeallo,  
 Mas él, los ojos prontos al oído  
 Del rocin, como viese meneallo,  
 A do los inclinó la gente vido,  
 Y así batió las piernas al caballo,  
 Saliendo como jara de ballesta,  
 Sin esperar pregunta ni respuesta.

Brevemente dió fin á su carrera,  
 A causa de llevallo piés lijeros;  
 Fué la grita que dió de tal manera  
 Que se sobresaltaron compañeros;  
 Oída la razón por Juan Cabrera,  
 Salió luego con veinte caballeros,  
 Pedro de Puelles, Juan Diaz Hidalgo,  
 Juan de Arévalo y otros hijosdalgo.

Llegaron á la gente mal vestida  
 La no menos briosa que galana,  
 Donde cada cual parte fué medida  
 Segun la condicion de ley urbana:  
 Dan reciproca cuenta de su vida,  
 Principal punto de que tienen gana;  
 Y así por ruegos y amigables prendas  
 A todos los llevaron á sus tiendas.

Recibió Benalcázar al Quesada  
 Con la modestia de sagaz concierto,  
 Y estotro con prudencia recatada  
 Tractó de lo que habían descubierto:  
 Tierra que para mas rica jornada  
 Les mostraba camino bien abierto,  
 Porque ya por los términos cercanos  
 Inmensidad se ve de campos llanos.

Vistas las esperanzas que engrandece  
 Y de lo descubierto los provechos,  
 El dicho Benalcázar les ofrece  
 Soldados y caballos y pertrechos,  
 Porque la paga dellos apetece  
 Por ir á dar noticia de sus hechos  
 Al rey, como quien era pretendiente  
 Ya de gobernador y no teniente.

El Fernán Perez, no menos urbano,  
 Le suplicó que lo hiciese dino  
 De ir á Bogotá, porque su hermano  
 Viese tan afamado peregrino,  
 Porque todos debajo de su mano  
 Le servirán allá y en el camino,  
 Y que podría ser que se concorden  
 Los dos, y á sus conceptos diesen orden.

Entrellos no quedó determinado;  
 Mas la gallarda gente que traía  
 Con pecho de Pirú sobresaltado,  
 Quisiéralo guiar por otra vía;  
 Y Juan de Céspedes disimulado,  
 Que parte del intento coligia,  
 Dijo: «Señores, las tierras ganadas  
 Defendérolas hemos á lanzadas.»

Oyólo Juan Cabrera, varon puro  
 Y digno de las láureas guirnaldas,  
 Y díjole: «Señor, dormid seguro  
 Con vuestras tierras, oro y esmeraldas;  
 Mas si viniésemos á trance duro  
 Nunca nos las dareis en las espaldas:  
 Paz se pretende, quietud, sosiego,  
 Y no venir á término tan ciego.»

Quebrado de pendencias aquel ramo,  
 El dicho Juan Cabrera le pescada:  
 «¿Quién es vuestra merced, porque lo amo  
 Y deseo servir sin esta duda?»  
 Dijo: «Capitán Céspedes me llamo,  
 Harto mas conocido que la ruda,  
 Y en estas partes de las Indias hombre  
 Que por tierra y por mar vuela mi nombre.»

Cabrera respondió desta manera:  
 «Señor, á mi noticia no ha venido  
 Tal nombre, pero yo soy Juan Cabrera,  
 Soldado rodeado del olvido,  
 A causa de faltarme la primera  
 Hazaña por do sea conocido;  
 Y aunque muchos me dan otros derechos,  
 Nunca me lisonjeo de mis hechos.»

Entrestos dos destrisimos jinetes,  
 Cada cual dellos válido guerrero,  
 Pasaron estos dichos repiquetes  
 Por las mismas palabras que refiero,  
 Sin que se lastimasen los almetes  
 Ni descubriesen filos del acero;  
 Pero guiándose por cuerdos modos  
 En gran conformidad quedaron todos.

Y no prevaleció lo comenzado  
 Que maquinaba juvenil sentencia,  
 Porque puestas las cosas en estado  
 Dispuesto para llamas de pendencia,  
 Puede sagaz varon y reportado  
 El fuego mitigar con su prudencia,  
 Segun agora hizo quien lo era,  
 Que entiendo por el dicho Juan Cabrera.

No resolutos en los pareceres  
 De ir á Bogotá, segun le pide  
 A Benalcázar nuestro Fernán Perez,  
 Dél y de sus soldados se despide,  
 Que con grandes ofertas y placeres  
 Cada cual por su parte se comide;  
 Y el Benalcázar y otros de su bando  
 Por buen trecho los van acompañando.

Llegan á Bogotá, do los espera  
 El sabio y animoso licenciado:  
 El Fernán Perez dió razón entera  
 De aquello que tenía deseado,  
 Diciéndole que Benalcázar era  
 Capitán de Pizarro, que poblado  
 A Popayán dejó, á Cali y Quito  
 Con mas lugares deste circúito.

Después de se juntar los dos hermanos,  
 Pasados como seis ó siete dias,  
 Por nuevas de los indios que cercanos  
 Estaban algo destas serranias  
 Supieron que por via de los llanos  
 Estaban españolas compañías;  
 Y este era Fedrimán, de quien mi historia  
 En otra parte ya hizo memoria.

Dije cómo se vieron el aspeto  
 Y se comunicaron blandamente,  
 Uno varon sagaz, fuerte, discreto,  
 El otro discretísimo y valiente:  
 Ambos se concertaron en efeto  
 Y hicieron un cuerpo de su gente,  
 Juzgando que los dos hechos á una  
 Podían contrastar dura fortuna.

Apenas tal resolusion se toma  
 Entrestos dos insignes capitanees,  
 Cuando por las laderas de una loma  
 Vieron las sedas, granas, perpiñanes  
 De Benalcázar, con el cual asoma  
 Gallarda bizarría de galanes,  
 Que entre los otros que valor abona,  
 Parecían á los de Meliona.

Que los de Fedrimán y del Jimenez,  
 A causa de su muy larga carrera,  
 Tenían por los mas preciados bienes  
 Una ropeta de algodón lijera,  
 Y para dar cubiertas á sus sienas  
 De lo mismo también una montera;  
 Pero de todos el de menos nombre  
 Se podría tener por mas que hombre.

Pues como granos de la mina rica  
 De mas bajo metal entreverados,  
 Quel fuego y el crisol los purifica  
 Y quedan afinados y apurados,  
 Así clara verdad nos certifica  
 Estar aquestos válidos soldados,  
 Por haber, no sin gran desasosiego,  
 Pasado por el agua y por el fuego.

Llegó pues Benalcázar donde quiso,  
 Y fué graciosamente recibido,  
 Y no de la salud tan sin aviso  
 Que fien sus cabezas del olvido;  
 Mas su venida fué con pecho liso  
 Debajo del diseño referido,  
 Por ver si por allí se daba maña  
 Para guiar sus pasos en España.

Vino su diligencia muy á cuento  
 A los que le hicieron hospedaje;  
 Pues declarándoles su pensamiento  
 Como requiere próvido lenguaje,  
 Supo tener entrambos en intento  
 Efectuar aquel mismo viaje,  
 Porque de lo del reino y del camino  
 Tenían buena copia de oro fino.

Y demás de lo proprio recogieron  
 El oro que tenían los soldados,  
 Por caballos y esclavos que les dieron  
 A precios á su gusto moderados,  
 Pues los caballos que menos valieron  
 Encajaban á mas de mil ducados,  
 Y entonces no se tuvo por esceso  
 Por la necesidad y el caudal grueso.

Pasaron con los tres esta carrera  
 De su gente la mas aprovechada.  
 Quedó pues general desta frontera  
 El dicho Fernán Perez de Quesada,  
 Para Neiba se vuelve Juan Cabrera  
 Con larga comision que le fué dada:  
 Los mas de Benalcázar con él fueron  
 Y otros en Bogotá permanecieron.

En Neiba Juan Cabrera pueblo funda  
 Por el poder y comision que lleva,  
 Porque le pareció tierra fecunda  
 Demás del esperanza que le eeba;  
 Y aun dicenme que fué la vez segunda  
 Que poblaron aquesta tierra nueva,  
 Y dejalla Benalcázar poblada  
 Viniendo al nuevo reino de Granada.

Puestos en orden ya los peregrinos  
 Que van á España con la bolsa llena,  
 Volvieron á los términos marinos  
 Por el gran río de la Magdalena:  
 Vieron y conversaron los vecinos  
 De la nueva ciudad de Cartagena,  
 Desde donde con buen aviamiento  
 Llegaron á Madrid en salvamento.

Dejémoslos agora negociando  
 Sus nobles y honrosas pretensiones,  
 Porque del Benalcázar diré cuando  
 Llegaren oportunas ocasiones.  
 Al Añasco y Ampudia voy buscando,  
 Que fueron á fundar las poblaciones  
 A Timaná, provincia populosa,  
 Y de gente valiente y orgullosa.

De Popayán cincuenta leguas dista,  
 Y es tierra fértil pero montuosa,  
 Con aspereza que la humana vista  
 Nunca jamás la vió mas salebrosa.  
 Entraron pocos para la conquista,  
 Siendo los indios mano poderosa,  
 Los Paeces, Yalcones y Pirama,  
 Y Guanaca, provincias de gran fama.

Viendo los nuestros incomodidades  
 Para poder hacer abierta guerra,  
 Procuraron por bien las amistades  
 De caciques algunos de la tierra:  
 Acudieron á las conformidades  
 De los quel próximo compás encierra  
 Del pueblo do hicieron los cimientos,  
 Fin del de treinta y ocho y tres quinientos.

Como viese de paz el apariencia  
 Juan de Ampudia del indio convecino,  
 Al Añasco dejó con su tenencia  
 Y á Popayán dirige su camino.  
 Añasco puso suma diligencia  
 En contentar al que de paz le vino,  
 A lo menos al hijo de Pioanza,  
 Yalcon, señor de próspera pujanza.

Era mozo bien acondicionado,  
 Que por Pedro de Añasco se perdia,  
 El cual no lo quitaba de su lado  
 Y á su buen amistad correspondia;  
 A nuestro modo bien aderezado,  
 Y en su caballo siempre lo traía,  
 Pareciéndole ser el mozo prenda  
 Para seguridad de su vivienda.

Este para hacer repartimientos  
 Y las suertes de los conquistadores,  
 Le dió la relación y documentos  
 Con que reconociese las mejores;  
 Y así ya hechos los apuntamientos,  
 A los caciques señaló señores,  
 Y para tributar á nuestro marte  
 El dicho mozo fué no poca parte.

El á lo mas insigne se convierte,  
Como superior en elecciones,  
Y así tomó por generosa suerte  
Añasco toda la de los yalcones:  
Ministro presuroso de su muerte,  
Contra las filiales intenciones,  
Pues cuanto mas del hijo fué querido,  
Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,  
Añasco ir al pueblo popayano  
Para buscar de gente mas abrigo  
Con que hacer aquel terreno llano:  
Al hijo del señor llevó consigo,  
Que nunca lo dejaba de su mano.  
Ni el mozo mismo tal apetecía,  
A causa del amor que le tenía.

Juan del Rio quedó por su teniente,  
Hombre de valerosas cualidades.  
A Popayán llegaron finalmente,  
Camino de cien mil dificultades:  
En la ciudad halló nuevo regente,  
Cosas modernas, grandes novedades,  
Las cuales de presente yo no pinto,  
Mas pintarélas en el canto quinto.

## CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza  
Humano corazón está pendiente  
En medio de temor y confianza  
Incierta, por algún inconveniente,  
Suele ser congajosa la tardanza  
A quien de tal ardor está doliente,  
Y tanto mas aquejan los ardores  
Cuanto las causas dellos son mayores.

Así Pizarro, como no tenía  
Nuevas algunas de descubrimientos  
Que en su nombre Benalcázar hacia,  
Y habían de venille por momentos,  
Vista la gran tardanza, presumía  
Que debía tener nuevos intentos;  
Y la sospecha de mudar costumbre  
No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presuncion, que no fué vana,  
Segun atrás habemos relatado,  
Comunicó con Lorenzo de Aldana,  
Hombre de quien vivía confiado;  
Y respondióle que de buena gana,  
Si le quisiere dar aquel cuidado,  
A Popayán irá, do con buen celo  
A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,  
Dándole gracias por la tal oferta;  
Y así le concedió largos poderes  
Y para todo comision abierta,  
Segun que piden tales menesteres;  
Mas en un caso le cerró la puerta,  
Y es que, constanding su leal abono,  
Quedase Benalcázar en su trono.

Efectuóse presto la jornada  
A las provincias de aquel hemisferio,  
Cuya gente quedó maravillada  
Y luego sospechó traer imperio,  
Juzgando que persona señalada  
No hizo su venida sin misterio;  
La cual, puesto que no faltó recuesta,  
A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,  
Pues con tanto hervor se le pregunta,  
Si vive Benalcázar ó si muere,  
O qué de sus conceptos se barrunta,  
Para quel pecho del marqués se entere  
De lo que pasa, por estar defunta  
En su noticia, la que va buscando,  
Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,  
Juan de Ampudia le dió razon bastante  
De las penalidades del viaje,  
Como quien fué del mismo caminante  
Y dónde lo dejó, y en qué paraje,  
Con intenciones de pasar delante  
Por la noticia próspera que lleva  
De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,  
Sin mas alteracion ni movimiento,  
Por ver si Benalcázar respondiera,  
O mensajeros por su mandamiento.  
En este tiempo vino Juan Cabrera  
A deshacer aquel encantamiento;  
Y como supo ser ciertos los toros,  
Cesaron los respetos y decoros.

Notificó despachos competentes  
A todos los cabildos y concejos,  
Y puso de su mano los tenientes,  
Aunque mudó después estos consejos;  
Pues viéndolos leales y obedientes  
Se volvieron las varas a los viejos  
Por el rey y el marqués, por quien fué cierto  
Haber el Benalcázar descubierta.

Dadas en el gobierno las razones  
Que parecían ser mas convenientes,  
El Añasco llegó de los yalcones,  
Con quien tuvo los mismos accidentes;  
Mas luego se dió nuevas comisiones  
Y le llegó buen número de gentes  
Por el rey y el marqués, dándole cargo,  
Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algún tiempo quedo,  
No punto que podamos llamar vago,  
Y entonces envió á George Robledo  
A poblar en Encerua y en Cartago  
Y en Antioquia, pero decir puedo  
Que debió ser aquel día aciago,  
Pues ambiciones, si se bien advierte,  
Fueron las alcahuetas de su muerte.

De las cuales ya hice breve suma  
En otra que no fué menor historia,  
Y así no será justo que consuma  
Tanto papel en cosa que es notoria:  
Bastará de presente que mi pluma  
Refresque deste hecho la memoria,  
Pues pretendió que los pueblos poblados  
Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,  
Y fué solicitud desvanecida,  
Por la cual y por otras ocasiones  
El Benalcázar le quitó la vida;  
Y así quiero volver á dar razones  
Antes que del Aldana me despida,  
Cómo se conservó con gran prudencia  
El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa  
E yo con brevedad posible narro,  
A Pirú se volvió para dar cuenta  
De los sucesos al marqués Pizarro,  
Donde tenía generosa renta  
Y era de los aurigas de aquel carro,  
Pero no siempre con tan justa vida  
Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado  
A ver de Timaná los señoríos,  
De treinta caballeros rodeado,  
Cursados en ausonios desafíos;  
Juan de Orozco y Arias Maldonado,  
A quien yo tuve por amigos míos,  
Fueron también en esta coyuntura,  
Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viese con mejora  
De buenos hombres y demás posible,  
En cobrar los tributos y demora  
Los aquejaba con ardor terrible;  
Y el venir á servir á punto y hora,  
Por pecho lo tenían insufrible,  
No queriendo con su bestial linaje,  
Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte  
Aumentado de gente castellana:  
Todos al fin andaban de mal arte  
E ya servían muy de mala gana,  
Para lo cual no fué pequeña parte  
Una india llamada la Gaitana,  
O fuese nombre propio manifiesto,  
O que por españoles fuese puesto.

En aquella cercana serranía  
Era señora de las mas potentes,  
Y por toda la tierra se tendía  
Gran fuerza de sus deudos y parientes:  
Viuda regalada que tenía  
Un hijo que mandaba muchas gentes,  
Al cual por no acudir como vasallo  
Añasco procuró de castigallo.

Salió de Timaná con este pio,  
A caballo con él veinte y un hombre,  
Entrellos iba Baltasar del Rio  
Y el primo Añasco de su mismo nombre;  
E ya como dos leguas de desvio,  
Agüero no faltó que los asombre;  
El hijo de Piganza va con ellos  
No menos que quien va por los cabellos.

Sucedió quel caballo do camina  
El capitán Añasco, se recela  
Donde no vian ocasion vecina  
Que para retardarse le compela:  
Si le metía hierro, mas se empina  
Y nada se le da por el espuela,  
Aunque nunca jamás dió tal molestia,  
Antes tuvo valor mas que de bestia.

Viendo que no podia, según nuestro,  
Hacello proceder donde repara,  
Bajóse para lo llevar del diestro;  
Creyendo todos ellos que bastara,  
Tiraban á porfia del cabestro,  
Dándole por detrás con una vara;  
Mas la solicitud no fué bastante  
Para que lo pasasen adelante.

Ponen otros caballos á su frente  
Para lo convidar por esta via,  
Y aunque no lo hallaban diferente,  
Tanto pudieron palos y porfia,  
Que pasó con los otros juntamente  
Del lugar llano do se detenía:  
En él subió, hallándolo tan bueno  
Como después que supo tener freno.

Del suceso nacieron ocasiones  
Por donde muchos destos compañeros  
Pronosticaban con murmuraciones  
Malos y desastrados paraderos.  
El dijo: «No mireis en abusiones,  
Pues todos sois cristianos caballeros,  
Que no es el asna de Balam aquesta  
Para que hagáis della tanta fiesta.

» Menos es mi caballo semejante  
A Bucéfalo, Cyllaro ni Lamo,  
Ni aun Eon, el caballo de Pallante,  
De curso mas veloce que de gamo,  
Cuyo lloro fué grande y abundante  
Sobre la sepultura de su amo;  
Ni el de Biomedes, que si bien advierte,  
Con hambre se mató, su dueño muerto.

» Conozco que de brutos animales  
Tomaron documento los terrenos  
Para reconocer los temporales  
Si son tempestuosos ó serenos;  
Mas en aquestas cosas especiales  
De las pronosticar están agenos,  
Y quien por bestias cases adevina  
En los mas atinados desatina.

» Y revelárenos desta manera  
Algunos males, no somos tan santos,  
Ni semejante caso sucediera  
En uno solo donde vienen tantos,  
Pues todos recelaran la carrera  
Y también padecieran sus espantos;  
¿Qué será pues en uno sin los otros,  
Sino mañas que suelen tener potros?»

Con esta práctica, mas ampliada  
De lo que manifiestan mis razones,  
Hicieron aquel día su jornada;  
En los principios de las poblaciones  
Hallaron mucha gente retirada  
Y los demás con tibias intenciones  
Llamaron otro día de mañana  
Al hijo principal de la Gaitana.

Vuelven los mensajeros aquel día  
Al declinar el sol al occidente,  
Y preguntándoles qué respondía,  
Dijeron no querer distintamente:  
Añasco, capitán, por él envía  
A su primo con guias y con gente,  
Para que lo salteen en el sueño  
Y lo traigan á ver su nuevo dueño.

A la hora que llaman intempesta  
Hizo con seis ó siete su partida,  
Obscuridad inmensa los molesta,  
Mas alguno por ella tuvo vida,  
Pues Añasco rodó por una cuesta  
Y un brazo se quebró de la caída:  
A todos causó pena la desgracia,  
Que para su salud fué mas que gracia.

Como se lastimase malamente,  
Sin pasar adelante le convino  
Volverse do quedaba su pariente,  
Pero los otros fueron su camino  
Y prendieron al indio delincuente,  
Si tal nombre merece de condino;  
Mas si se fulminara por escrito  
Muy tolerable era su delito.

De su reposo lo sacaron fuera  
Con todas las acciones afrentosas.  
A punto se llevaba la collera,  
Puestas ni mas ni menos las esposas;  
Vió finalmente la presencia fiera  
De quien presto hará peores cosas:  
Al hijo sigue la mujer viuda  
Sin acordarse de pedir ayuda.

Nunca creyó tan ásperos sucesos  
Al tiempo de tomalle residencia,  
Por ser de los actores los escesos  
Y del reo las culpas inocencia:  
En la uña hicieron los procesos,  
Y dióse vocalmente la sentencia:  
Que muera hecho brasas y ceniza  
Mandó, cuyo rigor escandaliza.

Pertinaces en este mal motivo,  
Juntóse luego cantidad de rama,  
Traen después al misero captivo  
En presencia de aquella que lo ama:  
De fuscas humos rodeado vivo  
Su vida consumió la viva llama;  
Y ya podeis sentir qué sentiría  
La miserable madre que lo via.

Decia: «¡Hijo mio! cuán incierta  
Es á los confiados confianza!  
¡Para cuántas borrascas abre puerta  
Un brevecillo rato de bonanza!  
Hijo, que sin tu vida quedo muerta,  
Mas no lo quedaré para venganza:  
Bien puedo yo morir, pero tus penas  
De pagármelas han con las septenas.»

Con esto se partió dando clamores  
Todas las horas sin cerrar la boca:  
Los extremos que hace son mayores,  
Y de mas furia que de mujer loca;  
A todos los caciques y señores  
Se queja, y á venganza los provoca,  
Hasta tanto que ya ganó los votos  
De los cercanos y de los remotos.

Uno tan solamente le faltaba  
Para dar conclusion á sus andenes:  
Este era Pigoanza que abundaba  
De gentes atrevidas y de bienes,  
Mas una cosa la desconfiaba,  
Y es el hijo que tienen en rehenes;  
Pero después diré que á su gemido  
También este señor quedó rendido.